

Apunte.

PUESTO DE LIBROS VIEJOS

POR JOSE BRUNO

A PROVECHANDO la agonía lenta de una calle en derribo, este puesto de libros viejos o *librería de ocasión* muestra al aire sus resentidas lonas y tablas. Todo es aquí deslucido, abigarrado, incoherente; todo es misero, en apariencia; mas para el bibliófilo no hay tan ameno ni tan atractivo palacio como la tenducha humilde del libro de lance. La mirada atenta del buen aficionado siempre encontrará novedad entre lo viejo.

Ejemplares con las cubiertas de recia piel española, de holandesa fina, de tela, de jaspé imitado, de pálido pergamino, de cartón modesto, se alinean gravemente y nos ofrecen sus curvos y acariciados lomos. Grabados en láminas sueltas reúnen anacrónicamente los más diversos panoramas. Añejos semanarios, en los que Silvela nos mira con sus lentes de prócer, y Maura luce un bigote fino y largo, no tanto como el de Moret, y Mazzantini ostenta sus tufo; semanarios donde se nos revelan firmas ya olvidadas, de escritores y artistas a los que, un día, veneró nuestra adolescencia candorosa, nos atraen amablemente a desplegar sus páginas para una íntima sucesión de recuerdos.

Los diferentes y siempre sugestivos títu-

los de los libros nos llevan a vastos mundos de la inteligencia y de la curiosidad. Libros de química, de gramática, de medicina, de administración, pasados de texto, recuerdan días estudiantiles ya remotos; libros ingleses y alemanes, de encuadernación priñerosa, señalan el tránsito de los turistas; poesías de Luis de Orellana o de Martínez de la Flor dicen de inspiraciones *anónimas*, que cantaron excesivamente las albas y las flores, y pasaron como las flores y las albas; libros, en fin, de las más varias denominaciones nos sugieren, independientemente, sus mudas elocuencias: *Vida militar... Historia de una madre... Discursos académicos... Ovidii opera... La bandera de Jesucristo... Assiento sobre la Tesorería General de la Bula de la Santa Cruzada... Historia de México... Manual del perfecto cédibe... Ripios aristocráticos... Memorias de un estómago | escritas por él mismo | en beneficio de todos los que comen y leen | y editadas | por un ministro del Interior...*

¡Cuánto esfuerzo, cuánto tiempo, cuánta gloria y cuánta caducidad! Allí, el genio acepta la compañía humilde del desconocido; allí, el libro necesario apoya su lomo en el del inútil vecino; allí, el grave infolio se acompaña del volumen vano o frívolo.

El librero suele creer que tiene el más inapreciable tesoro, y alguna vez lo tiene. Como nosotros examinamos sus libros, él nos examina a nosotros. Si le preguntamos cuánto vale un ejemplar de algún montón desordenado, él responderá, con la respuesta más capciosa y cruel:

—Según el que usted escoja...

Pero a veces llega a menospreciar su mercancía, y póncele algún cartel humorístico:

"¡ Bibliófilos cazadores!
En este departamento
cada dos piezas, un real."

En el puesto de libros viejos todo es viejo, realmente: las obras de Séneca, de Anacreonte, de Tito Livio, demuestran, harapientas, su verdadera senectud; y los libros de ahora se avejentan, de súbito, con cierta vejez total e irremediable.

Jose Bruno

(DIBUJO DE MARTINEZ DE LEON)

